

SIDI BOU SAID. TÚNEZ

Historia de dos amigas

PRÓLOGO

Esta es la historia de dos amigas: Amina y Raha. Se graduaron en la Escuela Nacional de Arquitectura y en cuestión de una década, la vida les ha llevado por caminos muy diferentes. Amina Baccuche es profesora adjunta en la Universidad, en Túnez capital, y actualmente está completando un libro sobre las fortificaciones de Túnez, mientras que Raha Djelloul trabaja en París para la firma MFB Architectes, que está acabando de construir el Cartage Sun, un complejo turístico de alto standing en Sidi Bou Said.

Tiempo 1

Sidi Bou Said. La noche del 14 al 15 de Enero 2011

LA LLAMADA PRIMAVERA ÁRABE HA ESTALLADO EN TÚNEZ. AMINA Y RAHA, AMIGAS DESDE LOS TIEMPOS DE LA ESCUELA DE ARQUITECTURA, COMPARTEN AQUELLOS MOMENTOS, QUE HARÁN HISTORIA AL EXTENDERSE POR TODO EL MAGREB, EGIPTO Y MÁS ALLÁ.

Era un tiempo de cambios, un tiempo de incertidumbres, el país ardía por todas partes, la revuelta se extendía y muchos amigos se jugaban la piel en la calle. Era un tiempo que abría las puertas a todos los miedos y también a todas las esperanzas. El mundo entero estaba pendiente de lo que sucedía en Túnez.

Pierre, el dueño del hotel de Sidi Bou Said donde se alojaban Raha y los jefes de la firma en que trabajaba, estaba jugando, postrado de rodillas, con una especie de lagarto de color gris. Los bichos medían más de un palmo, se dejaban acariciar, pero cuando ya estaban hartos optaban por buscar abrigo bajo los bancos de obra. Allí, permanecían perfectamente inmóviles esperando que el hombre se cansara de molestarles.

– Son salamandras de Chott el Jerid –explicó, orgulloso de su excentricidad. Las tenía por todas partes, y Raha también empezaba a estar harta de no poder dar un paso sin miedo a pisar una.

Pierre era un hombrecillo delgado, rubio y de pata corta, de talante extrovertido y que pasaba de poco los sesenta. Originario de Mirapoix, una población de tres mil habitantes, situada en la Arriège, entre Carcasona y Foix, afirmaba que se había adelgazado veinticuatro kilos desde que aterrizó en Túnez, una vez jubilado. Todos le miraron incrédulos.

– ¿Cómo te lo hiciste? –preguntó Raha, que vivía una lucha eterna para contener las expresivas formas de su cuerpo dentro de unos límites razonables, pactados previamente con ella misma.

– Y yo qué sé –respondió el hotelero mientras abría otra botella de vino–, supongo que fue por el cambio de alimentación y la desazón de las obras del hotel, ya sabéis qué quiero decir. Yo no soy arquitecto y éste es el país más burocrático y corrupto del mundo. Lo cierto es que, al adelgazar, los problemas de salud se terminaron de raíz. La tensión arterial, el colesterol y el ácido úrico bajaron de repente. Adiós a las pastillas. El vino es ahora mi única medicina –aseguró, con una sonrisa de sátiro.

– Eso de que Túnez es el país más corrupto del mundo es exagerado. Encuentras obstáculos similares en cualquier país del norte de África e incluso peores –afirmó Michel, uno de los socios de la MFB, un hombre de unos cincuenta años, de pelo corto, canoso y sin rasgos acusados, exceptuando un hoyo en la barbilla.

– Para nosotros, los problemas terminaron desde que formamos la nueva constructora con la gente de Sakhr el Materi –recordó Dominique, jefe administrativo de la firma–, y de rebote ahora estamos participando en la construcción de su majestuoso palacio en Sidibou. Los diez mil quinientos metros cuadrados que tiene el palacio dan para buenos negocios.

– Vaya caso el de Sakhr –explicó Pierre–. Hijo de un coronel de buena familia, le casan con Nesrine, la segunda hija de Ben Alí y la Regenta, que al igual que su marido, es de origen discreto. El chaval, el golden boy, que no tiene todavía treinta años, aprovecha bien su máster en Empresariales, aunque, pensándolo bien, no es necesario ningún máster para ir a un banco y decir "déjeme dinero porque quiero comprar su banco". Así se hizo con la sociedad Ennaki. Después montó un banco islamista y la radio coránica Ezzeitouna, para hacerse popular, comportándose como lo haría un jefe de Estado, y se autoproclamó delfín.

Raha intervino.

– Un día le oí decir: "Soy un hombre piadoso y muy trabajador, que todo lo hago por el pueblo". Vaya morro.

Llenando una vez más las copas de los huéspedes, menos la de Raha, que bebía un té a la menta, Pierre continuó informando.

– Nada se puede hacer aquí sin Ben Alí y su clan, que exprimen al país con avaricia. Audi, Seat y Porsche para Sakhr. Mercedes y Fiat para Mauran, casado con Cyrine, la otra hija de Ben Ali, además del operador de telefonía móvil La Tunisiane, y un largo etcétera de sociedades inmobiliarias, complejos turísticos y viviendas adquiridas por cuatro francos (Pierre todavía contaba en francos).

– ¿Conocéis a Ives Lecoq? –preguntó Dominique–. Había comprado una casa preciosa en Hammamet dos años antes. Sakhir le visitó. "Cómprase otra casa", le dijo, "ésta será para mí". Dicho y hecho, después de seis meses de presiones burocráticas y policiales acabó vendiéndole la finca.

– ¿Con pérdidas? –preguntó Raha.

– No importa, debió pensar pagar con un crédito de aquellos que no se devuelven nunca –dijo Dominique.

– Un capricho más de niño mimado. Con su delirio de poder, este chico ha perdido el sentido de la realidad –afirmó Pierre. Esta gente lo quiere todo para ellos, pero al menos tienen a raya a los extremistas islámicos. La policía tiene al país bien atado. Si no fuera por esto ninguno de nosotros estaríamos aquí, ¿no creéis? –preguntó.

El pensionista francés estaba orgulloso de haber adquirido ese caserón del período colonial y haberlo transformado en un pequeño hotel. Allí vivía relativamente feliz con su pensión y su compañero, un chico alto y guapo, que ese día lucía un niky rojo de manga larga sobre la piel negra y al que Pierre se refería eufemísticamente como "mi director". Ellos dos llevaban el hotel mientras una mujer venía por la mañana a preparar desayunos y hacer las habitaciones (cinco en total). El hombre no quería pensar que la situación pudiera cambiar. Por ello, en vista del giro que tomaban los acontecimientos desde la inmolación de Mohamed Bouazizi –aquel chico de provincias que al verse insultado por una mujer, que además era policía, se había prendido fuego–, temía por la continuidad de su pequeño paraíso.

Los otros tres asintieron en silencio. Hablar de política era peligroso en Túnez y las paredes tenían oídos. Pero las cosas estaban cambiando de manera insospechada. Los cables sobre la corrupción, filtrados por Wikileaks, habían encendido al país. Las manifestaciones crecían día a día, la policía efectuaba cargas rabiosas, con fuego real. Moría gente y aunque los media locales manipulaban la información, las nuevas herramientas de comunicación revelaban una gran eficacia para aglutinar a una juventud que sufría la paradoja de vivir en un país sin oportunidades, con la información de Internet. El régimen hacía días que se veía desbordado. La jornada de hoy, 14 de enero, había sido intensa. Aunque Ben Alí había aceptado convocar elecciones legislativas, una gran manifestación ocupó el centro de Túnez. A las tres de la tarde fue dispersada por la policía. A las cuatro, el gobierno era destituido. Dos horas más tarde se declaró el estado de emergencia.

Raha llamó a Túnez, donde vivía Amina, su compañera de facultad. Ninguna respuesta, el móvil estaba comunicando. Dejó un SMS.

– Novedades. Venga, Amina.

Al cabo de dos minutos sonó el móvil. Era Amina informando, en árabe tunecino, con la voz rota por la emoción.

– El tirano pierde el pulso, Raha. El ejército no apoya la represión. Ayer, jueves, la policía nos disparó con gases y pelotas de goma. La consigna más repetida era el degàge, degàge. Hoy, hemos vuelto a la calle. Esta mañana he abrazado a un soldado.

– ¿Están a nuestro lado?

– ¡Están a nuestro lado! Deberías haber visto el tanque cubierto de flores en la plaza 7 de Noviembre. Todo es peligroso, pero también fantástico. Ahora estoy en casa. Tenemos toque de queda. Las calles delante del piso están medio vacías. En la avenida Burgiba, algún soldado, alguna tanqueta. Nada más.

– ¡Vamos, buen viento, Sakhr el Materi, ex futuro presidente de Túnez! –gritó Michel al conocer la noticia. "Ya nos entenderemos con los que vengan ahora", pensó.

De repente, no se oía nada de lo que Amina estaba explicando. Un helicóptero sobrevolaba Sidi Bou Said con un ruido atronador. El "director" del pequeño hotel entró en la sala para informar, terriblemente nervioso: "Están asaltando el palacio de Sakhr el Materi. Hay humo por todas partes. No se ve si el helicóptero es de la policía o del ejército. ¿Y ahora qué pasará, Dios mío? "

Llegó un SMS de Amina: "Ben Alí ha dimitido. Se ha largado hace una hora con la Regenta y un buen cargamento de lingotes de oro."

Al Arabiya y Al Jazeera lo confirmaban poco después. La cadena estatal Al Watania lo corroboraba. Era evidente que al ver que el ejército se negaba a disparar contra los manifestantes Ben Alí había optado por abandonar el país.

Los presentes se miraban con una mezcla de incredulidad, alegría y temor ante la noticia de la huida del presidente. Los otros dos huéspedes iban de aquí para allá y al oír el ruido se añadieron al grupo. Todos eran hombres. Uno era el hijo de un empresario italiano que llevaba un gran hotel construido por su padre en Tatahouine, a las puertas del desierto, y el otro, un francés que intentaba infructuosamente desprenderse de una casa que tenía en Sousa, en la zona de Port el Kantaoui.

El "director" había descolgado de la pared el retrato de Ben Alí que presidía la recepción. Al pasar por delante del grupo camino del patio donde se guardaba la basura, el italiano lo detuvo con un gesto contundente.

– No corras tanto, que este régimen no ha caído –le dijo–. Es Ben Alí quien ha abandonado el poder. Ganuchi o cualquier otro del partido asumirá la presidencia. Ni él, ni Mebaza trabajarían con entusiasmo para dismantelar el régimen al que han servido toda la vida.

El helicóptero volvía a sobrevolar el hotel. Esta vez más de cerca. Se oía el ruido de las hélices como si el aparato estuviera a punto de posarse sobre el tejado. El negro volvió a colocar rápidamente la fotografía en su sitio habitual.

– ¡Tenemos que salir de aquí! –exclamó Michel, poniéndose de pie.

– Yo, de vosotros, no daría ni un paso. En ningún sitio estaréis más a salvo que en el hotel –aseguró Pierre.

– Me refería a salir de Túnez –puntualizó Michel.

– Hay que volver a París. Puede ser que también saqueen el Cartage Sun. Aquí no hay ninguna garantía de estabilidad. A partir de ahora será la ley del más fuerte –declaró Dominique.

Llegó una llamada: "En Gamart, el ejército custodia el Palace Hotel de Belhassen Trabelsi, el hermano de la Regenta. Parece ser que también controla los Carrefour situados en zonas turísticas. Los Géant, en cambio, en la carretera de Bizerta, están ardiendo."

Los saqueos se centraban en casas del clan Trabelsi y en símbolos materiales de la rapiña: Porches, cadenas de supermercados. Raha volvió a llamar a Amina: "¿Sabes algo de los saqueos?". "Sí", respondió Amina, "he hablado con Fathi Bejaoui, director del Instituto Nacional de Patrimonio y me ha asegurado que los palacios de Al Materi en Hammamet y Sidibou están controlados. En Hammamet dice que han encontrado una multitud de piezas de arqueología robadas de depósitos estatales. Un verdadero expolio."

La policía fiel a Ben Alí estaba creando el caos y la inestabilidad para imponer la continuidad del Régimen. El espacio aéreo estaba cerrado y los vuelos cancelados. Irían insistiendo hasta que pudieran volver a París.

– ¿No os importará que me quede? –preguntó Raha–. Es mi país. Mañana pasaré por el Cartage antes de ir a Túnez y miraré qué ha pasado con el palacio de El Materi. Después, no sé qué haré. Os tendré informados, no os preocupéis.

Los de la MFB iban comunicando con los socios de la empresa, amigos y familia. Pasara lo que pasara, no podían hacer nada en Sidi Bou Said. La buena noticia era que Sarkozy, que hasta ayer mismo había hecho declaraciones a favor del Régimen y en contra de los manifestantes, había prohibido aterrizar en suelo francés el avión en que huía Ben Ali. Aquel giro era positivo para todos los que estaban allí, pegados al televisor. Hoy por hoy, sólo se saqueaban tiendas de lujo y casas del clan. Era un saqueo a conciencia, fruto de resentimientos incubados durante mucho tiempo por lo que respecta a las propiedades, hoteles y palacios de la familia, y más aleatorio en cuanto a las innumerables empresas y negocios de que eran propietarios. El ejército había efectivamente llegado a tiempo para evitar la destrucción de los hoteles y palacios más representativos, como el enorme Palace Hotel, que pasaría a manos del nuevo

Estado. Por suerte, poca gente estaba al tanto de qué había detrás del Cartage Sun, pero tarde o temprano esto podía cambiar y nadie se sentiría seguro. Todos pensaban cómo huir de Túnez.

La luna bañaba las blancas casas del pueblo en una noche clara y luminosa y entraba por la ventana del cuarto donde Raha intentaba dormirse. Su cabeza daba vueltas y más vueltas. Quedaba por ver la reacción de la policía fiel al dictador y la respuesta de los extremistas, por ahora escondidos en las mezquitas. Había que esperar que los militares se opusieran firmemente a los saqueos. Lo que le preocupaba no era lo que había pasado, sino lo que vendría después. Esa noche sería difícil dormir.

Pierre y su "director" pidieron que nadie saliera a la calle, cerraron la puerta con llave, pusieron una mesa detrás y la atrancaron con una barra de hierro. A continuación, se recluyeron en otra sala, con una botella de vino abierta y hachís para relajarse, se acomodaron entre cojines en los bancos dispuestos alrededor de la estancia y apagaron el televisor, cansados de programas de wirstling y partidos de fútbol, para ver un DVD de boxeadores. "El mundo se derrumba a nuestro alrededor y nos ponemos a ver una película. Siempre nos quedará la emoción del ring", fantaseó Pierre llenando las dos copas de vino con una falsa sonrisa de resignación. Una chispa se encendió en sus ojos azules y bailones.

Tiempo 2

Túnez. 7 de marzo 2012. Congreso Mundial de la Mujer organizado por Hizb ut-Tahrir

RAHA VA A TÚNEZ A CASA DE AMINA. HABLAN Y DISCUTEN. EXPONEN SUS RESPECTIVOS PUNTOS DE VISTA. RAHA HA VENIDO PARA PARTICIPAR EN UN CONGRESO ULTRA, UNA ESPECIE DE TEA PARTY ISLAMISTA.

Pasaban los meses. Las inversiones no volvían a Túnez, el turismo estaba estancado en mínimos y las compañías de cruceros habían borrado el nombre de Túnez de sus escalas. Tenían miedo. El país aguantaba como podía. Raha continuaba una carrera ascendente en la MFB Architectes, ahora proyectando y construyendo un riad en la Medina de Fez, en Marruecos. Nueve meses después de la revuelta, cuando las elecciones de Octubre de 2011, en las que los islamistas moderados de Ennahda arrasaron con el 40% de votos y ahora gobernaban en coalición, Raha voló a Susa para visitar a sus padres, sin pasar por Túnez. Esta vez volvía para participar en el Congreso de mujeres árabes organizado por Hizb ut-Tahrir, el partido islámico global al que se había afiliado.

– Amina, soy yo. He venido a Túnez para asistir a un congreso. Ahora estoy en el Cartage, pero mañana tengo todo el tiempo del mundo. ¿Nos podemos ver?

– ¿A qué congreso? –quiso saber Amina por mera curiosidad.

– Al de mujeres árabes organizado por Hizb ut-Tahrir. Ya te contaré después.

Amina se quedó un poco trastornada. Hizb ut-Tahrir era un grupo de opinión, de hecho era un partido, formado por islamistas de todo el mundo, con la particularidad de que casi ninguna de las mujeres que participarían en el congreso vivía en un país musulmán. "¿Es que esto les otorga la facultad de dar lecciones a las mujeres musulmanas de lo que hay que hacer para ser unas buenas creyentes?", se preguntó. "Bueno ya lo discutiremos. Tendrá sus razones", se dijo.

Al día siguiente era domingo y Amina y Mohamed tenían todo el día libre. Mohamed Said (Moha) el compañero de Amina, trabajaba como perito mecánico en la firma Louis Viton (sic), una de las empresas montadas con capital francés atraído por los bajos salarios pagados en Túnez. Amina había dejado el piso de sus padres y vivían juntos desde hacía unos meses. Tenían previsto formalizar la relación un día de estos. Quizá cuando ella quedara embarazada.

Dio a Raha la nueva dirección.

– Cuando pases frente a la catedral, rompes por la Rue de Argel. Al llegar a la librería Clairefontaine, giras otra vez a la derecha. La casa está en la Rue de la Houdaybiyah, justo en frente del café Le Saint. Estamos en el segundo piso. No hay timbre. Sube directamente. Si te parece bien, iremos a comer a La Goulette.

Raha se presentó vestida con pantalones grises ajustados, pinzados a la altura del tobillo. Llevaba un hiyab verde esmeralda sobre una blusa holgada de color crema, ceñida por un cinturón de Hermes. Calzaba zapatos sin talón. Había adelgazado unos kilos. Al verla, Amina le presentó a Mohamed e inmediatamente preguntó.

– ¡Caramba, qué sorpresa! ¿A qué se debe este cambio de look?

– ¿Te debes referir al hiyab?

– No, bueno, también. Me refiero a todo en general. Te veo más sofisticada que nunca. Te prueban los aires de París. Pero no entiendo eso del hiyab. Que aquí lo lleven ahora la mitad de las mujeres cuando salen a la calle, lo entiendo, pero ¿en París?

– En París más que en ninguna otra parte –aseguró Raha– Si quieres afirmarte como mujer, si quieres que te respeten profesionalmente, hay que vestir como una verdadera musulmana. Aquí no importa, pero en París, y más en el trabajo, remarcar la propia identidad impone a los demás un respeto. El Islam tiene más poder ahora que nunca en Francia y hay que subrayar nuestra fuerza numérica, para que cada día se nos tenga más en cuenta.

– Sí, sí, con esto estoy de acuerdo –admitió Amina– pero, aparte del hiyab, llevas una indumentaria tan, tan europea.

– Eso no tiene nada que ver, también tienen que notar, aquí en Túnez, que una vive en París.

Mohamed pensó: "Mujeres, quien os entienda... ", cuando Raha afirmó:

– El Islam es quien hace más a favor de las mujeres. Es el único que puede garantizar nuestros derechos.

– Es fácil pensar así cuando vives en el extranjero –protestó Amina, que al sentirse llamar provinciana se había picado–, pero aquí es exactamente lo contrario. A partir de los hechos de Enero en la universidad de Manouba, empezaron las presiones en todas las otras del país. Primero insinuaciones, más tarde amenazas abiertas. Unas alumnas me llegaron a recomendar que no sólo ellas tenían el derecho de llevar hiyab, sino que sería conveniente, para dar ejemplo, que yo misma lo llevara. Un barbudo me levantó la mano y otras compañeras fueron golpeadas. Me asusté mucho y cada día que pasa este pulso entre el Gobierno y los salafistas nos hace vivir en la angustia.

– Si esto no se arregla nos veremos obligados a emigrar –protestó Mohamed–. Todos los escenarios están abiertos. La empresa donde trabajo va de capa caída por culpa de la crisis en Europa y no sería difícil encontrar trabajo, quizá en Alemania. Amina lo tiene más complicado por ser funcionaria; si se marchara perdería el trabajo.

– En Alemania, ahora, no te querrían, Moha, ya tienen bastante con los turcos. Ahora prefieren españoles o italianos –aseguró Raha–. Si no os encontráis bien en Túnez, deberíais probar de ir

a Francia, ésta es la preocupación de Le Pen, que gente laica como vosotros, descontentos por el pulso con los salafistas, emigre a Francia.

– Por qué nos llamas laicos –protestó Amina–? Laico tiene una connotación de descreído y tú sabes que yo soy creyente. Te agradecería que usases el término seglar, para referirte a los que no hemos votado a Ennahda.

– Vale, diré seglares, no quiero ofenderte, pero para mí el Islam no debe hacer distinciones entre moderados y radicales.

– Ah sí. ¿Tú crees, Raha, que Ennahda hubiera ganado las elecciones con un programa islamista radical? No, no hubiera tenido ni la mitad de votos.

– Pero sí dentro de diez años –sentenció Raha con una seguridad aplastante.

Hacia un día soleado, como es habitual. Raha propuso ir a La Goulette, dar una vuelta por los baños y después, comer en uno de los incontables restaurantes populares que se alinean a ambos lados de la carretera. Fueron a buscar el coche de Moha, quien condujo hasta La Goulette. Tras aparcar, pasearon un rato para los baños.

– ¿Dónde están los bikinis? –preguntó Amina con sorna.

– Nunca ha habido bikinis en La Goulette –corrigió Raha–. Tú debías ver visiones.

– Bikinis, quizás no, pero al menos la mitad de las mujeres se metían en el agua con bañador. Y mira ahora.

Pasaban grupos de mujeres camino de la línea de mar carreteando niños y niñas de todas las tallas, se sentaban en sillas plegables bajo los parasoles y cuando entraban en el agua, lo hacían tapadas hasta el cuello. Al salir se secaban con la sal pegada al cuerpo y a la ropa.

– Debe ser muy incómodo. ¡Cómo está cambiando todo! ¿Por esto luchamos? ¿Por eso echamos a Ben Alí? Hicimos la revolución nosotros, los progresistas y acabarán ganándola los conservadores. Y al final tendremos que marchar.

– Somos una sociedad pudorosa. Hay que resguardarse del deseo ilimitado de los machos. ¿No? –sugirió Raha.

– Esto no es más que un argumento para atornillar a la mujer.

– ¿Y por qué se debería atornillar a la mujer?

– Pues por que nosotras siempre estamos en favor de la modernidad, que nos libera: enseñanza, contracepción, aborto, libertades, derechos civiles. Todas las religiones, llevadas a la radicalidad, tienen miedo de las mujeres, porque ponemos en peligro el orden establecido. ¿Por qué en cambio hay tanta tolerancia con la homosexualidad masculina por ejemplo? Porque no pone en peligro ningún precepto. Por eso se tolera, y basta. ¿Lo entiendes Raha?

– Estás equivocada, La Goulette es una playa popular y la gente aquí siempre ha sido morigerada.

– Pero es que un día no me podré bañar en bikini ni siquiera en Hammamet –protestó Amina.

– Todo es una cuestión de elegir el lugar. En el Cartage Sun, tenemos una piscina y hay cantidad de bikinis.

– ¡Qué gracia, los llevan extranjeras!

– Y tunecinas también.

– Ahora imagínate, Raha, que un día, un salafista, uno solo, no tienen que ser dos, entrase en el jardín del hotel, comenzase a abuchear a las que toman el sol y se arme un escándalo. Al día siguiente la prensa internacional iría llena, y adiós temporada turística. ¡Con la fortuna que el Gobierno ha gastado este año para sacar clientes a España y Grecia que, con su crisis, no se han podido gastar ni un euro en promoción!

Mohamed, que escuchaba atentamente, creyó llegado el momento de intervenir. "Los radicales siempre están a punto para provocar un altercado que termine inexorablemente en toque de queda. Mucha gente piensa que cuando el pueblo está molesto con el Gobierno, la troica autoriza a los salafistas a liarla para que gente tenga miedo. "

–Y cada vez los tendrá que autorizar más a menudo –afirmó Amina–. No hay trabajo en el país, ni dinero para pagar los subsidios. De ahí es de donde viene la visualización creciente de Ansar al-Sharia y otros partidos salafistas.

– Eso no pasará en Sidibou. No pasará en el Cartage Sun, tenemos un guarda de seguridad –aseguró Raha.

– Ya lo veremos. Está pasando en zonas del interior y los suburbios. ¿Por qué crees que tantas mujeres van tapadas?

– Van porque quieren, el Islam no impone nada. Protege a las mujeres, insistió Raha.

– Con Ben Alí teníamos paz y tranquilidad. Ahora vamos a la mezquita, salimos a pasear, seguimos bebiendo cerveza, en el fondo nada ha cambiado –aventuró Moha.

– Cerveza, ¿dónde la has visto? –contradijo Amina–. ¿En un primer piso la avenida Burgiba, al lado del Carlton, en un bar reservado para hombres? Moha, parece que no te enteras de nada.

– Vamos, dejémoslo, que no nos pondremos de acuerdo, propuso Moha. Mirad, éste es un lugar donde se come bien.

El dueño les saludó, ya les conocía. Le presentaron a Raha.

– ¿Qué tomarán? –preguntó, apresurándose a poner una mesa en el exterior.

Una vez examinada la carta, pidieron los tres Meurève a la gargoulette, un delicioso bacalao fresco cocido al horno dentro de una jarra de cuello estrecho –de donde viene el nombre al plato– y acompañado de cebolla, tomate, pimiento verde, aceitunas y alcaparras.

Mientras comían, hicieron un esfuerzo por no seguir con el tema que había encendido la discusión. Amina entendía la posición de su amiga, aunque no la compartía. Raha hacía lo mismo. La conversación volvió sobre recuerdos de diez años antes. En muchos aspectos, el país no había cambiado. Furgonetas abiertas transportaban niños tumbados, casi apilados, en dirección a la playa. Si les hacías un saludo, respondían con gestos y sonrisas de felicidad porque... iban a bañarse y además lo hacían a escondidas, de una manera casi clandestina.

Delante del restaurante había una gran fuente redonda con un surtidor en medio. Algunos se lavaban las manos y la cara y otros, los más pequeños, se bañaban enteros para quitarse la sal del mar. De vez en cuando también lo hacía algún perro. "Todo el mundo parece aquí más feliz que en las calles de París", observó Raha.

Al pasar por delante de los bastiones de La Carraca para llevar a Raha a Sidi Bou Said, Amina explicó: "Es el fuerte construido por el emperador Carlos V. Se ha conservado porque tuvo funciones militares hasta hace muy poco. Sería un centro cultural potente, para hacer teatro, conciertos. Pero no hay dinero."

– A propósito, Amina, ¿cómo va tu trabajo sobre las fortificaciones militares? –preguntó Raha.

– Lo terminé hace un año. Como lo había hecho por cuenta propia, al margen de la universidad, encontré una fórmula para sortear la burocracia y una editorial francesa lo editó. Ahora, al ver ejemplares a la venta en librerías, Hacienda me reclama pagar impuestos. El asunto está en manos de un abogado amigo. Parece ser que saldremos adelante. Quedó muy bien y además he hecho unas maquetas tridimensionales, como esculturas.

– ¿Con qué material las piensas hacer?

– De momento sólo son dibujos y pequeñas maquetas de cartón. Cuando tenga una posibilidad de enseñarlas o venderlas, ya veré.

– Mira por dónde, en Sidibou conozco un pintor y galerista que es un buen amigo.

Amina la miró escéptica, con un pequeño rictus de malicia en los labios y le dijo, burlona:

– Raha, ya sabes que los galeristas aguantan a mucha gente para ver si un día compran. Esta gente cree, equivocadamente, que son amigos. También conocen a muchos artistas y lo que quieren conocer son clientes. De todos modos te las enseño, mira.

Se quitó el smartphone, lo abrió y amplió varias fotografías tocándolas con los dedos. Eran modelos de fortificaciones hechos con cartulina, nada naturalistas, con mucha expresión.

– Estoy seguro de que a Fuad Emdafar le gustarán. Cuando quieras te presentaré, creo tendrían salida en Sidibou.

– De acuerdo, ¿y por qué no? Ya hablaremos cuando vuelvas.

– Será dentro de tres meses, que es cuando tengo previstos unos días en el Cartage. El viernes vuelvo a París y de allí vuelo hacia Tánger, en Marruecos. Tengo otro riad en la agenda del estudio.

Tiempo 3

Sidi Bou Said. 9 de junio 2012

UNOS HECHOS INESPERADOS CAMBIAN EL JUICIO QUE LAS CHICAS TIENEN SOBRE LAS DOS ALMAS DEL PAÍS, LA ISLAMISTA Y LAICA. COMPRENDEN QUE, HAGAN LO QUE HAGAN, LA HISTORIA SE ESCRIBIRÁ IGUALMENTE SIN ELLAS.

A primeros de mayo de 2012, Raha se encuentra en Sidi Bou Said para dirigir unas reformas en el Cartage Sun.

– Amina, soy yo, la próxima semana, estaré en el hotel en Sidibou. Me gustaría verte. Estás invitada. Deberías venir sola. No, no es por mí, es porque no sería bien visto que una amiga mía durmiese en el hotel con un hombre sin estar casados. He hablado de ti a Fuad Emdafar. Está sinceramente interesado en ver sus maquetas.

Amina se tragó, atónita, la rabia que le provocaba la imposición de su amiga. Pero, en el fondo, lo entendía. Además, para hablar de negocios era mejor ir sola, si no, parecería un ama de casa aficionada a las manualidades a la que acompañaba su marido. Aceptó.

Sábado, 9 de junio, a mediodía, Amina llegó en taxi al Cartage Sun. El hotel le pareció una maravilla. Era un palacio antiguo restaurado de manera impecable y absolutamente acogedor. La parte añadida, las terrazas y la piscina, los bancos de obra, las vallas vegetales y parterres pulcramente recortados, encajaban con la parte antigua con exquisita sensibilidad y gusto. No tuvo envidia, siempre había admirado a Raha en la Escuela de Arquitectura. No eran el diseño de proyecto, ni los planos de la obra, lo que no le gustaba, era más bien la lucha posterior con los industriales, los clientes y la administración lo que le daba náuseas. Puede ser que por eso ella se dedicó a la enseñanza. "Cuestión de caracteres", pensó.

Raha la esperaba en la terraza del jardín con un batido de frutas en la mesa, vestida muy elegante, con hiyab y unas gafas de sol. Dos mesas más estaban ocupadas por gente que tomaba el aperitivo. Más lejos, en una terraza construida a otro nivel, unos extranjeros se bronceaban tumbados en hamacas de lujo, dispuestas alrededor de la piscina desde la que se contemplaba el extenso panorama del golfo y la silueta de las montañas de Cabo Bon, recortada en un violeta claro sobre un cielo brillante y transparente como una campana de cristal.

Amina iba vestida con la serena precisión que distingue a una funcionaria tunecina: llevaba un vestidito estampado en colores verde y blanco, que iluminaban su cabello corto y destacaban unos ojos poseedores de secretos milenarios. Debajo del vestido, los inevitables pantalones. De repente le asaltó el gusano de la vanidad y después de darse un beso dijo a su amiga: "Ya me dejarás un vestido cuando vayamos a ver a tu amigo de la galería"

– Faltaría más. Iremos esta misma tarde.

Pasaron por recepción. Raha le dio una tarjeta con el número 23.

– La 22 es mi habitación y la 23, la tuya. Por la tarde, después de comer, cuando hayas descansado, miraremos qué tengo en el armario. Ahora deberíamos ir al comedor. Tengo que presentarte a Michel, mi jefe, que hace tiempo que te quiere conocer, y a Nejib Mahayub, un pez gordo de Trípoli, creo que economista. Comeremos juntos.

– ¿No podríamos visitar tu armario antes del almuerzo? –preguntó Amina.

– Sí, claro, perdona, no había pensado en ello. Como tú quieras.

La realidad es que no la había querido ofender. Amina, que lo sabía, lo apreció.

Subieron a las habitaciones, donde dejó la bolsa y decidieron juntas qué se pondrían. Ahora, para comer, algo sencillo y después, por la tarde, un poco más sofisticado para ir a la galería. Sin tiempo para descansar, bajaron al comedor, donde les esperaban Michel y el señor Mahayub.

Raha hizo las presentaciones. Michel la miró detenidamente de arriba abajo, detrás de unas gafas de pasta amarilla que animaban su rostro anodino.

– Raha me ha hablado mucho de ti. Me ha dicho que eras buena en la Escuela de Arquitectura. Si un día quieres dejar la enseñanza, te encontraremos un trabajo en París
–ofreció con un tono entre paternal y halagador.

"Bingo", pensó Amina, "lo que puede un escote bien planteado. Debería prestar más atención a mi armario... "

Se sentaron en la mesa. Raha sugirió: "Yo pediría el cuscús royal, fait maison. Nada que ver con el que se come por ahí". Todos asintieron y Michel puso a las chicas al corriente de la conversación que estaban manteniendo mientras las esperaban.

– El señor Mahayub es miembro de la Comisión de Libia que ha venido para participar en el Seminario sobre la Unidad del Magreb Árabe, organizado por la Presidencia de la República –explicó Michel–. Ahora hablábamos de que no hay avances en esta unión económica, que sería de una importancia vital para el crecimiento de Mauritania, Marruecos, Argelia, Túnez y Libia. Y también opinábamos que sería muy bueno para Europa tener un interlocutor potente al otro lado del Mediterráneo –agregó.

– Un interlocutor potente y con cien millones de consumidores –puntualizó Mahayub, un hombre grueso, impecablemente vestido y de cabellos largos y rizados–. Se calcula que el PIB global de la región aumentaría un 3%. Hay muchas razones históricas que avalan la unión económica del Magreb. Muchas más que la de Europa. Ustedes tienen –añadió, dirigiéndose a Michel– prácticamente dos razas, la del Norte, que además es rico, y la del Sur, que es mucho más pobre. Dos religiones, con sus escisiones propias. Resulta una mezcla imposible de conciliar. No parece que lo logren. Grecia y España acabarán expulsadas del euro. Es imposible devolver el dinero que deben. El Magreb, por el contrario, tiene una sola raza y una sola religión, alcanzó la máxima potencia económica cuando los Almohades controlaban toda la región. Sin embargo, los intercambios entre los cinco países son ínfimos.

– ¿Quiere que le dé mi opinión? –preguntó Raha, y añadió–: El ser humano tiende más a conservar lo que tiene que no a arriesgarse para conseguir una mejora que no sea segura. Debe venir de cuando éramos cazadores: al tener bastante para pasar el día, había que conservar la presa y no arriesgarse a perderlo todo.

– ¿Quieren decir con esto que Europa hará las reformas y concesiones que hagan falta, incluidas rebajas masivas de deuda, para conservar su nivel de vida? –preguntó Mahayub–. Visto así quizás lo puedan arreglar. De hecho muchos países no podrían devolver nunca lo que deben, empezando por Estados Unidos. Todo es una cuestión de confianza.

– Muy fuerte lo que pasó ayer en Egipto –comentó Michel refiriéndose a la noticia del día, que estaba en boca de todos–. Una sentencia que condena a Mubarak y al ex Ministro del Interior a cadena perpetua y deja libres a todos los altos mandos militares responsables de las muertes de las revueltas en la Plaza Tahrir, es una sentencia que no satisfecerá a nadie.

– Y supone un gran momento para los Hermanos Musulmanes, que tendrán más votos –remachó Amina.

– ¿Qué tal el cuscús? –preguntó Raha.

– Excelente, out of this world, insuperable, respondieron el uno después del otro.

– El problema de Túnez es económico –aseguró Michel–. La falta de oportunidades empuja a la gente hacia posturas religiosas extremistas. Europa debería ayudar.

– Atribuir el auge del salafismo a razones meramente económicas es un error –corrigió Mahayub–. Hay un sustrato histórico. Los romanos y sobre todo los bizantinos fueron gobernadores despiadados. Por eso la población acogió tan bien la llegada de los árabes en el siglo séptimo. Francia intentó manipular a su favor ese supuesto latinismo de los tunecinos para justificar el Protectorado y al alcanzar la independencia, el péndulo volvió al Islamismo.

– Pero Burgiba modernizó el estado –argumentó Amina– y el resultado de esa modernización es el Túnez actual, somos nosotros.

– Burgiba era un déspota ilustrado, mientras que Ben Ali era simplemente un déspota –declaró Mahayub–. El primero hizo mucho por el salafismo reprimiendo a los barbudos y el segundo

aún hizo más con la construcción de la Gran Mezquita y la cadena Ezzeitouna con la intención de ganárselos.

– El caso es que la historia es cíclica y tiene raíces muy profundas –prosiguió Mahayub–. Quinientos años después de la destrucción de Cartago, mucha gente todavía hablaba cartaginés. El mismo San Agustín necesitaba un intérprete. Siempre se vuelve a las raíces. Cuando Kemal Ataturk impuso el laicismo y la modernidad en Turquía, algunos pensaron que estaban ante un punto de no retorno. Otros no. Erdogan, liderando su partido de islamismo moderado, ha ido volviendo poco a poco al pasado. El último califato, que Kemal abolió hace casi cien años, está empujando con fuerza para volver. Mucha gente cree que un nuevo califato sería la solución al subdesarrollo. Yo creo que habiendo países tan ricos y otros tan pobres sería complicado, por no decir imposible, que se pusieran de acuerdo. Ahora, cada uno medita su fracaso. Entonces habrían guerras civiles, éste es el peligro.

– Volviendo a Turquía –dijo Michel–, Erdogan ha ganado el pulso a los militares con durísimas sentencias y reprime muchas de las libertades. Cien periodistas en prisión porque no piensan como él... ¿son muchos periodistas, no? Es evidente que Ennahda hará lo mismo.

– Parece que eso es lo que pretende hacer Ennahda, seguir los pasos de Erdogan –declaró Amina–, pero la sociedad tunecina cerrará filas ante esta deriva.

– Amina, piensa que el 45% que se abstuvieron en las pasadas elecciones son la base a la que van dirigidos los esfuerzos salafistas. Esta gente lleva el Islam en su ADN, ahora no votaron, pero lo harán más adelante. Es cuestión de tiempo. El salafismo no es violento, el Hizb ut-Tahrir, el partido islámico global al que estoy afiliada, no es violento –manifestó Raha.

– La paz y el desarrollo económico del Magreb interesa mucho en Europa, pero mira como estamos ahora nosotros –se lamentó Michel, para cambiar de tema–. Ahora, cada puesto de trabajo que Francia crea en Túnez supone un puesto de trabajo que no se creará en Francia. Y tal como están las cosas... Cuando se anuncien los recortes, caerá la venda de los ojos de muchos franceses, que ahora ven como el país está entrando en una recesión que puede ser larga y de resultados de la cual no se podrá mantener el estado de bienestar tal como lo hemos vivido hasta hoy. Ahora, Europa se la juega en dos meses, como acaba de decir Christine Lagarde, pero creo que saldremos adelante.

Sobre la mesa del comedor del Cartage Sun campaban dos maneras de entender el país y se planteaban los grandes retos que Túnez deberá resolver en el futuro. Un futuro del que ahora no sabemos nada. Pero nuestras amigas, que representan las dos almas del país, la islamista y la laica, querían que no acabara destruyendo su amistad.

Hacia las cuatro de la tarde fueron a la habitación 22 y decidieron lo que se pondrían cada una de ellas.

– Me vienen grandes –comentó divertida Amina–, sacándose unos pantalones grises con movimientos sincopados de caderas.

– Ten, pruébate estos. Son algo más pequeños. A mí ya no hemos caben. Son de cuando aquella dietista casi me mata con su régimen de mil calorías diarias.

– Trae, me quedarán muy bien, negros, con la chaqueta azul turquesa. No, mejor quizás con la beige. ¡Parece que estamos jugando a muñecas!

– Las mujeres no dejamos nunca de jugar a muñecas, Amina, ni de disfrazarnos. Es parte de nuestra naturaleza más profunda. Parece que siempre estamos buscando la manera de agradar a los hombres y lo que buscamos es sorprendernos a nosotras mismas. Quiero decir, a una misma.

Al salir del hotel (Amina con pantalones negros y chaqueta beige de lino y Raha con un hiyab amarillo sobre una blusa larga de color salmón), tenían el aire rutilante de dos estrellas en una noche de verano. Pasaron delante del pequeño hotel de Pierre, donde Raha y los jefes de la MFB habían quedado atrapados por los hechos de la larga noche del 14 al 15 de enero del año pasado. Sin detenerse, siguieron con paso firme, abriéndose camino entre los grupos de turistas y vendedores de recuerdos que a estas alturas, inicio de la temporada turística, llenaban a rebotar las calles de Sidi Bou Said.

Un poco más allá, la calle hacia subida para terminar ensanchándose hasta formar una especie de plazoleta en dos niveles con un gran adelfa de flores blancas en el parterre del medio. Al fondo de la plaza, una puerta azul y encima, escrito sobre una madera, un nombre: La Meduse, en árabe y en francés, que indicaba el lugar donde el pintor Fuad Emdafar tenía su galería. Detrás de los cristales de la puerta, un cartel, mayor aún que el nombre del local, avisaba: We ship world wide (expedimos a todo el mundo), para disipar cualquier duda.

Un hombre delgado de unos cuarenta años, pelo largo atado con una cola y bigote a lo Errol Flynn tecleaba un ordenador. A su lado, una chica gordita, con unos papeles en la mano, le dictaba lo que parecía ser una lista de nombres. Eran Fuad y su mujer.

– Estamos actualizando las direcciones de correo –explicó el hombre, para romper el silencio.

Raha les presentó. El galerista se mostró comunicativo y nada afectado. Había estudiado Comercio, pero hacía muchos años que se dedicaba a pintar. Hacía diez que tenía la galería en Sidi Bou Said. Cuando sonreía, sus ojos parecían los de un ratón. La mujer gordita los saludó con aquel aspecto tan falso de quien está cansado de soportar gente todo el día.

– Es el único lugar en Túnez donde puedes ganarte la vida con este trabajo –explicó el hombre–. En Sidibou hay mucho turismo de masas, pero también pasa gente de un alto poder adquisitivo, de todos los países del mundo. Y estos compran.

En las paredes, de un blanco deslumbrante, colgaban unos cuantos paisajes de buen tamaño que representaban vistas de Sidi Bou Said y la Medina de Túnez. Sobre unas pegas, igualmente blancas, se veían esculturas de diversos autores, de estilos muy diferentes unos de otros.

– Ahora tengo una colectiva de escultura, los cuadros son míos. Normalmente siempre son míos, a menos que haga algún intercambio. Mejor con extranjeros, la prensa aquí es tan provinciana que sólo se hacen eco de exposiciones de artistas de fuera, y así vamos saliendo en los periódicos. A mí solo no me harían ni caso. Por el contrario, me gusta invitar a escultores para complementar la oferta. Las ventas no van tan bien como otros años, notamos la crisis de Europa, pero también tenemos clientes americanos y rusos. Cuando todo iba tan bien, se abrieron galerías comerciales en Sidibou, pero ninguna de un cierto nivel como la nuestra. Ahora ya no se atreverían y nosotras tenemos muchos clientes que, tarde o temprano, repiten. Un profesor de la Academia nos decía que vivir del arte es una cuestión de resistencia, y tenía razón.

– ¿Cómo se os ocurrió abrir una galería? –preguntó Amina, curiosa.

– Estuve unos años viviendo en Berlín. Yo trabajaba como administrativo y había vuelto a pintar. Allí conocí a Leila. Los dos queríamos volver a Túnez y nos arriesgamos. Sus padres tenían un pequeño supermercado en un barrio obrero y nos ayudaron porque el hermano mayor ya trabajaba con ellos. Abrir este espacio en Sidibou era simplemente una cuestión de querer, poder y saber cómo hacerlo. Ahora que ya os lo he explicado todo, quisiera volver a ver las fotos de tus esculturas.

– He traído modelos –ofreció Amina, abriendo el maletín y colocando con cuidado todas las maquetas pintadas con pocos colores, pero convincentes y bien equilibrados, sobre la mesa.

– Son buenas, muy buenas –afirmó Fuad, rompiendo la norma no escrita entre los galeristas de despreciar con el silencio el trabajo de los artistas para llevar ventaja en los tratos. Cuando un galerista dice "bueno", quiere realmente decir "vendible". Raha, que lo sabía, no necesitó nada más para saber que Fuad podría dar una mano, así que dijo:

– Id pensando el material y el coste, siempre en función del precio de venta, que, en resumidas cuentas, es lo que importa.

– La gente puede pagar 350 euros por pieza –calculó rápido Fuad–. Yo las haría de resina, máximo de medio metro de altura, pintadas a mano, todas diferentes y sin numerar. Así podríamos hablar de piezas únicas y, descontado el coste de moldeado, nos podrían quedar ciento cincuenta euros por cabeza. Si vendiese un par de cada modelo (había ocho), hablaríamos de más de dos mil euros para cada uno el primer año.

Esto, en Túnez, era mucho dinero.

– No he moldeado nunca –confesó Amina

– No importa, yo me encargaré y es más, correré con el coste de los primeros ejemplares. Tú las pintas. Todas diferentes, ¿De acuerdo?

– De acuerdo.

– ¿Tenéis planes para mañana domingo? –preguntó Fuad–. Tengo un cuadro en la exposición Le Printemps des Arts, en el Centro Cultural Al Abdellia. También hay una instalación de Gades Foter en el patio, de la que se habla mucho y la quiero ver. ¿Querriáis acompañarme?

– Pero, ¿dónde está el Centro Al Abdellia? ¿Está muy lejos?

– Aquí al lado, en La Marsa. Si salimos a las once podríamos estar de vuelta a la hora de comer. Os podría presentar a Paolo Parelli, el director.

Amina y Raha se miraron y quedaron con Fuad para el día siguiente. Irían en su coche. Un día interesante se presentaba ante ellas. Si pudieran ahora saber lo que pasaría, quizás no hubieran ido.

A las diez y media del domingo el pintor pasó a recogerlas, y conduciendo por calles blancas y calurosas se encaminó al lugar donde estaba la exposición. Cuando llegaron a La Marsa, aparcó cerca del Centro Cultural, un antiguo palacete con un gran patio cerrado por unos muros de altura considerable. Caminaron bajo una luz deslumbrante por calles que apenas empezaban a despertarse, casi vacías de peatones.

Al girar por la avenida que conducía al portal de entrada, quedaron sorprendidos por unas pintadas en las paredes del muro y un movimiento inusitado en el patio. Entraron. Dentro del edificio, la gente corría arriba y abajo; unos llamaban por el móvil, otros discutían acaloradamente a punto de llegar a las manos. Se acercaron a uno de los grupos. Fuad reconoció enseguida a Paolo Parelli, el director. "Es una provocación. No podéis hacer escarnio del Profeta. Sois unos degenerados", le gritaba a la cara un joven alterado. "No tiene ningún derecho a meterse", replicaba el director, temblándole la voz, para advertir a continuación en tono amenazador: "Ya he llamado a la policía".

En cuestión de minutos se fueron presentando artistas y amigos convocados por teléfono, hasta llegar a unos sesenta. Los salafistas no pasaban de veinte. Por mucho que gritaran, se veían superados por el otro grupo, que hacía encendidas declaraciones a favor de la libertad de expresión. La policía aún no había llegado.

– Pero... ¡hay un cuadro donde habéis pintado el nombre de Alá con moscas muertas!
–exclamó enfurecido uno de los salafistas.

– Y estas mujeres pintadas sobre sacos de boxeo, ¿qué significa? ¿Cómo se puede denigrar a la mujer de esta manera? –tronó otro, presa de un grave estado de irritación.

– Aquí no se denigra a ninguna mujer. El arte no quiere decir siempre lo que parece a primera vista –alegó un tercero, un artista sin duda–. Más bien simboliza, al menos es como yo lo entiendo, la opresión que puede sufrir la mujer cuando recibe golpes de todos lados.

– Sí, hombre, opresión la vuestra que ofende al Profeta ridiculizando a la mujer –replicó el de antes, con el ánimo encrespado.

Entre tanto, en la playa, se iba reuniendo un grupo de gente cada vez mayor. Llegaron dos camionetas cargadas de jóvenes que blandían palos y espadas. Cuando ya se vieron con fuerza suficiente se dirigieron a Al Abdellia donde irrumpieron en el patio gritando "Allahu Akbar". Dirigidos por uno que debía entender más de arte que los demás, desmontaron con saña la instalación Punching Ball de Gades Foter, el conocido de Fuad, la apilaron junto con otras esculturas y cuadros, como el gran Bleu de Prusia de Lamia Guemara, que representaba unas mujeres de color azul, y cuando ya tenían hecha la elección reventaron todo a patadas, lo regaron con gasolina y le prendieron fuego.

Fuad y las chicas se iban retirando del recinto con el grupo de artistas y visitantes, ahora ya en franca minoría, y al salir por la puerta se toparon de frente con otro grupo que entraba atropelladamente con los ánimos encendidos. Raha cogía del brazo a Fuad, tapándose la cara para protegerse.

"Kafir" (impía), le escupió a la cara uno de los atacantes. Fuad se le encaró. "Iros a la mierda" le dijo. A partir de ahí todo fue confuso. Unos cuantos radicales con bastones se les tiraron encima, clavándole un golpe en la cabeza y cayó al suelo arrastrando a Raha, que recibió un fuerte bastonazo en la espalda. Cuando iban a patearles, Amina, tuvo la ocurrencia de gritar: "La policía, ya están aquí" y los radicales siguieron hacia el patio, dejándolos atrás. De la herida de Fuad manaba sangre en abundancia, que le resbalaba por la cara manchando la camisa blanca de manera escandalosa. Amina le ayudó a ponerse de pie. Al verse la sangre de la camisa y los ojos llenos de miedo con que Raha, que ya se había incorporado, le miraba, el hombre se asustó.

– No es más que un corte –le dijo Amina, apartando el pelo para examinarle la herida–. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás mareado? –preguntó.

– No te preocupes, sobreviviré –respondió el otro con aplomo, mirándola con una pequeña y ansiosa sonrisa.

Unas "lecheras" abolladas, con los cristales rotos y la tapicería destrozada por anteriores disturbios, iban vomitando policías que cargaban contra los radicales, que cada vez eran más y respondían con rabia.

Por fin habían podido salir del recinto. Ahora, el humo de la fogata sobrepasaba las paredes del patio. "Ya conduciré yo", se ofreció Amina. Fuad se sentó a su lado, taponando la sangre de la herida con el yihab de Raha, que empezaba a sentir el bastonazo en el cuerpo, cada vez con más intensidad, medio tumbada detrás del vehículo. Y se dirigieron a Sidi Bou Said. "¿Puedes llamar al hotel para que avisen a un médico?", le preguntó Amina. "Tengo el teléfono en el móvil, ahora llamo", respondió la otra con la garganta aún reseca por la angustia.

La noticia había llegado al hotel. En un avance informativo, la televisión hablaba de los enfrentamientos, que se iban extendiendo a los barrios acomodados de Sejurni y Omran. Michel les esperaba en la entrada, visiblemente preocupado. Ayudó a Raha a salir del coche y la estrechó fuertemente entre sus brazos. "Pobre pequeña mía, ¿qué te han hecho?". El doctor apareció enseguida. "Serán necesarios un par de puntos" dijo, refiriéndose a la herida de Fuad, a quien habían depositado en uno de los sofás del vestíbulo. Examinó el morado de la espalda

de Raha, que acostada en la cama de la 22, tenía todavía los ojos llenos de miedo. "Tranquilízate, no hay nada roto, te irá saliendo el morado que te durará semanas, quizá meses, pero no es nada, tranquilízate y tómate esto", repitió, administrándole un calmante. "Uno cada ocho horas", ordenó dirigiéndose a Amina y Michel.

Al cabo de un rato llegó Leila, la mujer de Fuad.

– Sabía que esto pasaría algún día –dijo con voz temblorosa, mientras cogía la mano de su marido –, pero siempre pensé que sería por unos bikinis o por un concurso de belleza, pero esto no me lo esperaba.

– Ya ves, Leila, que el arte aún tiene poder para cambiar el mundo –dijo Fuad con una brizna de ironía que le bailaba en los ojos–. Pero la verdad es que más bien es el mundo el que cambia al arte. La libertad de expresión tiene límites. Estamos en un país islámico. Son los fundamentalistas laicos los que quieren utilizar el arte para su lucha. Yo no he creído nunca que el arte deba ser político. Puede estar atento a la condición humana, pero político no. Y cuando la religión y la política van de la mano, es mejor que se abstenga. Está claro que no todos piensan lo mismo.

La chica, que hervía de inquietud, llevaba cubierta la cabeza.

– ¿De dónde has sacado ese hiyab? –le preguntó Fuad.

– Con todo lo que está pasando, ¿qué querías que hiciera? He tenido que venir a pie atravesando el pueblo con un ojo puesto en cada esquina.

Amina estaba en la habitación 22 mirando la televisión, junto a su amiga. Las dos solas. La cosa iba en serio. Decían que corrían por Internet las listas de los artistas "transgresores", con direcciones de correo y teléfonos. Los enfrentamientos se habían extendido entre la policía y los radicales, que atacaban indiscriminadamente tiendas y edificios, tanto públicos como privados.

– Voy a llamar a Moha. Será mejor que venga a buscarme ahora, no sea que me quede aquí bloqueada. Siento dejarte así, pero no sé cómo volveré a Túnez si declaran el toque de queda. Dime Raha, ¿te encuentras mejor? –preguntó con la voz desolada.

– De hecho tendría que encontrarme peor, pero el calmante está haciendo su efecto. Vete tranquila. Me alegro de que hagas negocios con Fuad. Es un hombre de palabra.

– No pienses ahora en eso Raha. Las hemos visto de todos los colores hoy ¿eh? Pero lo que importa es que estemos bien las dos. Ya ves, la historia se escribirá igualmente, tanto con nosotras como sin, pero es mejor que estemos, ya que nuestras historias son las que dan vida a la gran historia.

– Hoy he visto las cosas más claras –confesó Raha, apoyada firmemente contra el pecho de Amina que la abrazaba de manera inefable, acariciando su pelo largo y rizado con ternura, como lo haría una madre. "Vamos, ahora llora todo lo que quieras", le dijo.

El toque de queda se declaró finalmente la noche del martes, 11 de junio, después de dos días de disturbios en La Marsa, Cartago y Sidi Bou Said, con un balance de 65 policías heridos y 161 salafistas arrestados. Como es costumbre, la reacción del Gobierno fue ambivalente. Hacía unos días que el ministro del Interior había recordado, para contentar a los sindicatos policiales, que el artículo que permite el uso de fuego real seguía en vigor. Miércoles 12, las embajadas alertaban a los residentes avisando que la situación podría empeorar. El Ministro de Derechos Humanos, Samir Dilou, declaró que la exposición de Al Abdellia era "ofensiva y provocativa", pero que el Gobierno no tolerará ataques a bienes y propiedades públicas ni privadas. Para sosegar los ánimos, Hamadi Jebali, primer ministro (Ennahda), aseguró que el respeto a los símbolos sagrados del Islam quedaría consagrado en la Constitución. Por su parte, el líder salafista Abu Ayud Atunsi había convocado un "día de la furia" para el viernes 15.

Aquella revolución no se acababa nunca.

EPÍLOGO

Gracias a los salafistas, Ennahda se había colocado en el centro político de Túnez. De su éxito o fracaso para conciliar el país dependen el futuro del Islam y también el de Occidente. Todo había empezado en Túnez y, según cual sea el desenlace, no habrá que esperar cien años para ver el destino de los países árabes. Ahora, con la crisis económica, el tiempo juega en contra. Casi dos años después, igual que sucede en Egipto, la corrupción, la miseria y la represión continúan como antes.

Joan C. Roca Sans. Octubre 2012